

La colaboración de los maestros con la Biblioteca

NECESIDAD DE LA BIBLIOTECA

Acaso una de las mejores conquistas de nuestro tiempo sea la de la mayor comprensión que nos hace ver ciertas instituciones con una amplitud y una flexibilidad de la que carecían para los hombres de anteriores generaciones. A fines del siglo, por ejemplo, la escuela primaria—cuyo sabor a encierro pintó deliciosamente el gran humorista Mark Twain—hacía pensar en un local ingrato y lóbrego, en el maestro rígido, en la palmeta y en el sonsonete monótono de las lecciones o de la tabla de multiplicar; la biblioteca nos traía, asimismo, la imagen de empolvados libros encerrados en vetustas estanterías y de un bibliotecario viejo y poco amable, celoso y empolvado canchero él también de sus amarillentos volúmenes... Escuela y biblioteca eran, en verdad, dos compartimientos estancos, sin relación la una con la otra, como dos mundos distantes y distintos.

En no muchos años ha cambiado la faz acartonada de estos viejos "clichés"—casi más bien de estos antañones daguerrotipos—, porque es otro, afortunadamente, el espíritu que hoy anima a maestros y bibliotecarios.

Unos y otros nos hemos rejuvenecido bastante y procuramos remozar también—aun a pesar de escaseces o deficiencias presupuestarias—el aspecto de las aulas y las salas de lectura, haciéndolas mucho más gratas y acogedoras.

Como ha dicho un ilustre bibliotecario (1), "hasta ahora, la escuela—centro de difusión de la verdad objetiva—manteniase alejada de la biblioteca... El acercamiento entre ambas instituciones tiene un significado más alto y favorable que el que procediera de una mera cooperación. Tal alianza, en suma, procede del reconocimiento de que la escuela es insuficiente para impartir la educación".

Por su parte, añade un gran pedagogo (2): "Lo que importa en la educación escolar es que el alumno no pierda nunca la conciencia de que la escuela necesita siempre completarse."

La escuela no sería eficaz sin la biblioteca. De nada bastaría que el maestro enseñase la mecánica de la lectura, si él mismo—con el concurso del bibliotecario—no lograra después estimular el afán por la lectura hasta convertirla en una necesidad y en un deleite insustituible para los escolares. La enseñanza primaria debe continuarse, paralelamente y después de la escuela, en la biblioteca. Por otra parte, el hábito de leer conviene crearlo en los primeros años del niño, ofreciéndoselo en una adecuada colección de libros el más amplio panorama posible del mundo y de la vida.

Pero ¿dónde han de ofrecérselo estos libros? La rea-

lidad es que carecemos en nuestro país de bibliotecas escolares y de bibliotecas infantiles propiamente dichas, no quedando otro sitio más idóneo que el de las secciones o salas infantiles—si las hay—de nuestras bibliotecas públicas o populares. Por otro lado—todo hay que decirlo—, no serían las bibliotecas escolares las más adecuadas, ni por el carácter de sus colecciones, acaso en exceso pedagógicas, ni por su emplazamiento—la misma escuela—, ni por la presencia del maestro, para formar en el niño afanes de lectura. El niño, fuera de las horas de clase, desea salir de la escuela. Recordemos también que Pestalozzi recomendaba a los maestros que hicieran buscar a los niños aquello que fueran capaces de hallar por sus propias fuerzas. Se hace, pues, preciso desarrollar entre los escolares el gusto por la lectura en las secciones infantiles de nuestras bibliotecas públicas. Si éstas son gratas, luminosas, acogedoras y alegres; si están dotadas de una adecuada colección de libros; si el bibliotecario siente, vocacionalmente, una preocupación sincera por los niños, éstos se han de encontrar mucho más a su placer en la biblioteca que en la escuela, con otra libertad de acción que les facilite, en suma, hallar por sus propias fuerzas—como pretendía Pestalozzi—aque- llos libros que, aun encontrándolos en la escuela, les parecería que se los imponía el maestro como una obligación más, semejante a las lecciones o a los "deberes" cotidianos.

Si la escuela es el centro primordial de educación del niño desde los seis a los diez años—o, si no sigue otros estudios—hasta los catorce años, la biblioteca empezará a serlo desde que lea de corrido hasta que, una vez hombre, le llegue el término de su vida. Como ha observado Lombardo-Radice (3), "a medida que la escuela va alcanzando un nivel superior, la lectura adquiere un valor más grande". "Un mundo intelectual cerrado al estudio de las lecciones de la escuela y a la lectura de los libros de texto—agrega—es la cosa más pobre que se puede concebir, ya que la escuela es alimentadora del espíritu y, por tanto, suscitadora de iniciativas intelectuales..."

CONDICIONES DE LA BIBLIOTECA

Pero si, como vemos, la biblioteca es el único centro educador para todos los hombres—sin distinción alguna de nivel económico e intelectual—y para todas las edades del hombre, cuando éste es niño cabe exigir a la biblioteca una serie de condiciones, concretas y específicas, sin las cuales su eficacia se perdería y su utilidad podría incluso trocarse en efectos de signo distinto.

La primera condición es que toda biblioteca pública o popular tenga una sección o sala infantil independiente—grata, acogedora y alegre—con una colección de libros lo más amplia y lo mejor seleccionada posible. El acierto de esta selección—hecha con amorosa responsabilidad, fundada en seguro criterio moral, asentada en el mejor gusto literario y enfocada dentro de la más moderna visión pedagógica, es, en principio, el secreto de atraer al niño hacia la lectura. Pero aún falta más: el valor humano del bibliotecario, su

(1) ERNESTO NELSON: *Las bibliotecas en los Estados Unidos*, páginas 275-276. Nueva York, 1927.

(2) G. LOMBARDO-RADICE: *Lecciones de Didáctica*, pág. 152. Barcelona, 1950.

(3) *Op. cit.*, pág. 150.

firme sentido vocacional, sin el cual biblioteca y libros carecerían de eficacia, por ser algo frío y sin alma.

Porque si hoy, en general, hemos desterrado los bibliotecarios aquel concepto caduco e inoperante de *esperar al lector* por el de *atraerlo* y aun por el de *salir a su encuentro*, se comprenderá fácilmente cómo la biblioteca no puede permanecer en actitud pasiva ante el niño. Tratará, lo primero, de brindarle un rincón agradable y cómodo—para muchas criaturas, un rincón aún más bello y alegre que su propio hogar—, ofreciéndole, en un ambiente de cordialidad y de confianza que no excluya el respeto, los libros que el niño necesite.

Pero he aquí que, con ser esto mucho, no lo es todo. Hace falta bastante más. Es preciso conseguir que el niño elija con acierto. Será siempre necesario orientarle, aun dentro de una bien seleccionada colección de libros infantiles. Sin embargo, conviene orientarle con tacto, evitando el peligro de cansarle, de herir en lo más vivo su escondido o latente instinto de individualidad y de que tal instinto se rebele contra el propio bibliotecario, al creerse el niño cohibido y como vigilado de cerca. Es éste, sin duda, uno de los más difíciles aspectos de la importantísima misión social y educadora—hasta aquí, poco desarrollada, pero aún peor conocida y valorada—del bibliotecario, el cual ha de ser un verdadero psicólogo. Serlo del público infantil es mucho más difícil que del público adulto. El buen bibliotecario infantil—en este aspecto, mejor todavía la bibliotecaria—debe conocer cuándo puede dar un consejo, cuándo ha de evitar que se lea un libro determinado, si ha de sustituirse aquél por este otro o cuándo tiene que conformarse con el que el niño no seleccione del todo bien para que, poco a poco, se aficiona a leer como base inicial de posteriores lecturas más acertadas... Todo ello, sin que el niño observe que se le vigila, sin que se considere coartado o menoscabado en sus iniciativas, sin que deje de sentirse protagonista de sus propios actos de lector. Piénsese en el estímulo que supone para un niño poseer una tarjeta de lector de una biblioteca, llenar papeletas de pedido de libros, aunque deslice, sobre ellas, con su caligrafía torpe, algún borrón que otro. El niño, dijérase que se siente más hombre en la biblioteca y que hasta se mueve, dentro de ella, con más naturalidad que en la propia escuela. Por esto, no conviene tampoco que el niño vea a todas horas al bibliotecario detrás de él, como si fuera un segundo maestro que vigilase sus pasos. Se le vigilará de otro modo, y ya el niño comprenderá que el bibliotecario se preocupa de él. Gran psicólogo, lo intuirá pronto, si ve que se renuevan los libros de su sección infantil, si se le destacan algunos en una vitrina, si otros se le brindan, casi por azar y como en un juego agradable, para que los lea...

LA "HORA INFANTIL"

Además de esta labor cotidiana de captación, poseo la experiencia profesional—una experiencia con la andadura de unos cuantos años—de que la "hora infantil"—la "hora feliz" u "hora del cuento", como dicen en Norteamérica y en otros países—es un positivo y eficaz complemento en esta labor de atracción de los niños hacia la biblioteca y de orientación en sus lec-

turas. Porque más eficacia puede tener para los pequeños contarles un cuento, una biografía, un relato cualquiera—con el deseo de que lo lean—que aconsejarles que lo hagan. La "hora infantil", bello pasatiempo, al parecer, que la biblioteca ofrece semanal o mensualmente a los niños es, en el fondo, la más eficiente recomendación—la cual nunca cae en el vacío—de aquellas lecturas que el bibliotecario y el maestro tienen la responsable obligación de que los niños hagan. Si es triste que los niños lean poco, lo es más que lean mal; si es de lamentar la falta de ambiente propicio a la lectura con que muchos tropiezan en sus hogares, aún resulta más lamentable que no se les ofrezcan las mayores facilidades para leer. Otras veces, es triste para un bibliotecario que los niños, por sí solos, no acierten a elegir aquello que más les conviene. No es posible permitir que muchos libros excelentes continúen en las estanterías a la espera de ese niño que pasa de largo o que no llega. Es preciso, entonces, que el bibliotecario llegue al pequeño lector, incluso al lector en potencia: atraerle primero, orientarle luego, enseñándole a manejar la biblioteca y a distinguir entre lo que es *devorar* un mal libro o leer—saboreándola—una obra útil, amena e instructiva; educarle, en fin, el buen gusto literario y el sentido moral para alejar de su mente esa fiebre desmedida—hoy acrecentada por el cine—hacia la "infraliteratura" barata de quiosco callejero que tantos estragos viene haciendo en la formación y en la sensibilidad de los muchachos; en una palabra, infiltrar poco a poco, en dosis asimilables, lo que podríamos denominar "el arte del buen leer", contagiando de una sincera afición a la lectura que haga sentir a los pequeños la necesidad de acudir a la biblioteca y mirar los libros con respetuosa y a la vez alegre devoción. La "hora infantil" supone, sin que el niño se dé cuenta, el desarrollo, en todos sus matices, de esta labor de captación, de orientación y adiestramiento progresivo del niño en la lectura hacia niveles cada vez más altos. Una lectura comentada, la narración de cuentos o relatos diversos—a veces, con adecuados fondos musicales—de belleza moral y literaria superior a cuanto ofrecen—con chillones colores y malsonantes o anodinos títulos—los quioscos callejeros, atrae mucho más al niño normal.

Tengo plena evidencia de ello, ya que, con motivo de la Fiesta del Libro de 1954, he podido confirmarlo una vez más: llevé a cabo, entonces, una curiosa experiencia desde la Biblioteca Pública de Soria, que dirijo. Solicité, previamente, del Servicio Nacional de Lectura un centenar de libros infantiles y juveniles bien seleccionados. Con ellos, la Biblioteca anunció por la prensa y la radio local que, para conmemorar la Fiesta del Libro, y en la semana siguiente a ésta regalaría un buen libro a cada muchacho que entregase 15 ejemplares—noveluchas o folletos—de "infraliteratura". En cuatro o cinco días se agotaron los cien libros y se entregaron en la Biblioteca soriana 1.500 noveluchas de terribles títulos y detonantes cubiertas, con negro de pistolas y rojo de sangre, que fueron rescatadas, simbólicamente, al mal gusto ambiente y que, algún día, pueden servir para formar con ellas una interesante exposición de lo que unos cuantos muchachos sorianos dejaron de leer para entregarse a otras lecturas de mayor entidad. Porque, aquellos muchachos vienen, desde entonces, asiduamente, a la Bi-

biblioteca de Soria, que los ha ganado para libros mejores. Esta experiencia demuestra positivamente que es posible encaminar a los niños y a los adolescentes hacia obras de más alto nivel moral y literario. No en vano ha escrito el doctor Marañón (4) que "los deberes de la niñez son meramente pasivos y se reducen a la resignación forzosa de las iniciativas de quien los dirige". El secreto estriba en ofrecerles lecturas adecuadas de una manera hábil y agradable, procurando siempre tener en cuenta aquella frase exacta de Goethe: "Lo más difícil en el hombre es utilizar sus horas de asueto."

LA COLABORACIÓN DEL MAESTRO

Mas no basta tan sólo con las iniciativas y la acción entusiasta del bibliotecario. Este ha de contar, para que aquéllas sean plenamente eficaces, con la inteligente y generosa colaboración de los maestros, quienes deben ejercer su magisterio dentro y fuera de la escuela. De la misma forma que el bibliotecario de hoy colabora con la escuela, sintiéndose él también un poco pedagogo al ser un "animador" y un orientador de la lectura infantil, el maestro ha de compenetrarse con el bibliotecario identificándose con su labor. Desde la escuela debe fomentar estímulos de lectura; desde las clases puede encaminar a los niños hacia la biblioteca, y, dentro de ésta, le es posible, a veces, intervenir como un excelente colaborador, ya que conoce, mejor que el bibliotecario, la psicología infantil.

Permítaseme consignar aquí los resultados satisfactorios de mi experiencia de la "hora infantil". Antes de instituir la, apenas llegaban a 2.000 los servicios de lectura infantil que se realizaban, anualmente, en la Biblioteca Pública de Soria. Ahora, no bajan de doce a catorce mil por año. Y Soria cuenta tan sólo con 17.000 habitantes. Establecí estas sesiones mensuales en abril de 1950, luego de hacer un llamamiento a los inspectores de enseñanza primaria y a todos los maestros sorianos (5), quienes acudieron con un espíritu comprensivo e inteligente y un desinteresado entusiasmo a colaborar con la Biblioteca en esta nueva tarea que, espontáneamente, nos impusimos desde entonces. Se publicó también un *Catálogo-guía* (6), selección orientadora de un centenar de obras infantiles con breves notas de contenido, adecuación de las obras al sexo y edad de los pequeños lectores, etc. Se repartió profusamente a todas las Escuelas y Colegios, a varios maestros y a cuantos padres mostraron algún interés por solicitarla. Esta publicación era el primer toque de atención, la primera llamada a los niños hacia la lectura.

Con carácter de cursos, desde octubre a mayo, se celebran los últimos sábados de cada mes las sesiones de la "hora infantil", alternando una maestra y un maestro. Tres o cuatro días antes se convoca a los di-

rectores de Escuelas y Colegios, invitándoles a que acompañen a un grupo determinado de niñas o niños, de acuerdo su edad con el tema elegido.

Desde que en 1952 se estableció en Soria una Emisora local, la Biblioteca ha instalado con aquélla, directamente, una línea microfónica. Así, los equipos de "Radio Juventud" pueden radiar, desde la Biblioteca, las "horas infantiles" que en ésta se celebran. No sólo los niños de la ciudad, sino los de la provincia tienen posibilidad de escucharlas. En algunas Bibliotecas Municipales de los pueblos más importantes y hasta en ciertas Escuelas de otros más pequeños se instalan receptores para su audición.

En Navidad y en la Fiesta del Libro se celebran sesiones conmemorativas y se premia con libros—donados por el Servicio Nacional de Lectura y el Ayuntamiento de Soria—a los niños que se han caracterizado como mejores lectores. La Biblioteca anota cuidadosamente los niños que pueden ser premiados, tanto por el número de lecturas que han efectuado como por el mayor acierto de las mismas.

Desde el presente curso se viene dando a los pequeños oyentes de la "hora infantil" una participación más activa en estas audiciones. Al final, se les hace alguna pregunta relacionada con el relato; a veces, se sustituyen por otros los nombres de sus personajes y se pregunta cuáles son los verdaderos; en ocasiones, se oculta el título del cuento y aun el nombre del autor, por si algún niño pudiera conocerlos. Al acertante—si son varios, se sortea entre ellos—se le premia con un libro.

Los maestros que actúan en la "hora infantil" suelen hacer en clase preguntas o ejercicios de redacción sobre los temas de aquéllas. Temas—he de advertirlo—que no se reducen únicamente a cuentos y adaptaciones literarias—por ejemplo, de *La canción de Navidad*, de Dickens, o de las *Escenas de la Pasión del Señor*, de Gabriel Miró—, sino a biografías o relatos diversos: *San Francisco de Asís*, *Santa Teresa de Jesús*, *Isabel la Católica*, *Juana de Arco*, *Orellana*, *Velázquez*, *Los doce trabajos de Hércules*, *La vida de la tundra*, *Urbanidad*, *Palestina*, *cuna de Jesús*, *Pueblos y leyendas orientales*, entre otros. Temas, en fin, que suelen basarse en libros que posee la Sección infantil de la Biblioteca. Así se advierte a los niños, para interesarles luego en su lectura. Un recurso eficaz para ello es el de interrumpir, por ejemplo, la lectura en un punto culminante de la narración.

Fuera ya de la ciudad, y en ambiente rural donde no hay bibliotecas, pero sí adonde el Centro Coordinador Provincial remite periódicamente pequeñas colecciones de libros en cajas circulantes o viajeras, depositadas, por lo general, en la escuela, el maestro, a cambio de su generoso trabajo improvisándose bibliotecario, puede añadir a sus escasos fondos escolares, otros cincuenta, ochenta o cien libros más, entre los que halla un número adecuado para trabajo de clase, así como una docena de obras infantiles con que estimular a la lectura a sus alumnos. A través de ellos, por otra parte, estimulará a leer también a los padres de éstos y a los adultos, en general.

En suma, la orientación de la lectura infantil puede realizarse plenamente y con positivos resultados desde nuestras bibliotecas públicas, siempre que se cumplan estas cuatro condiciones:

(4) Gregorio MARAÑÓN: *El deber de las edades*, pág. 76. Madrid, 1947.

(5) José Antonio PÉREZ-RIOJA: "La hora infantil en la Biblioteca", art. en *Orientación*. Boletín de la Inspección de Enseñanza Primaria de Soria, febrero de 1950, págs. 11-12.

(6) José Antonio PÉREZ-RIOJA: *Catálogo-guía de cien obras infantiles de la Biblioteca Pública de Soria*. Madrid, Dirección General de Archivos y Bibliotecas, 1950.

1.^a La existencia de una sala o sección infantil independiente, cómoda, agradable y alegre. Si es posible, con mesas redondas, mobiliario adecuado y una decoración mural que represente diversos personajes y motivos de la literatura infantil.

2.^a Una numerosa y bien seleccionada colección de libros para niños, únicos a los que éstos tengan libre acceso.

3.^a Una atención continuada y vigilante del bibliotecario, verdadero orientador de los pequeños lectores y promotor de iniciativas—"hora infantil", con-

ursos, exposiciones, premios en libros, canje de "infantiliteratura", lecturas comentadas, recitales, escenificaciones, etc.—que contribuyan a estimular la lectura y a elevar progresivamente su nivel.

4.^a La estrecha colaboración de los maestros con la biblioteca, partiendo siempre del concepto de que ésta es el mejor complemento de aquélla, y, además, para la mayor parte de los niños, el único centro de educación que han de tener, no sólo en la edad escolar, sino a lo largo de toda su vida.

JOSÉ ANTONIO PÉREZ-RIOJA

La selección de los escolares

El maestro se encuentra, año tras año, en su función docente, con un problema de cierta envergadura a cuya solución ineludiblemente ha de cooperar. Este problema es el de la elección de profesión por el alumno. Los padres prudentes consultan al maestro como a quien está en posesión de datos decisivos para el recto encauzamiento de su hijo. El maestro se ve obligado, ante el apremio, a evocar todos los recuerdos que contribuyan a constituir un concepto del muchacho; figurarse con más o menos acierto y aproximación cuáles serían las condiciones de idoneidad para la profesión o para los estudios que el alumno pretende seguir; y proferir, en consecuencia, el veredicto, que, en muchos casos, será inapelable, dada la fe que los padres tienen en su buen juicio y en su conocimiento del chico.

No se puede discutir la conveniencia, y aun la necesidad, de que el maestro contribuya a clarificar la perplejidad del padre. Unánimemente se reconoce la urgencia de que el maestro aporte sus luces a la inquietante tarea de entrever el misterio oscuro de la adaptación profesional futura de los escolares.

Tampoco se puede dudar de que en el proceder arriba descrito el maestro se comporta con la mejor voluntad, y que su colaboración es, por demás, beneficiosa, al menos en cuanto que el cotejo y valoración de los distintos conceptos y criterios acerca del muchacho disuade muchas veces a los padres de empeños ilusorios, o los persuade de la capacidad de los hijos para más altos vuelos en la vida profesional.

Lo que sí creemos es que estos criterios de los maestros deberían irse fundamentando cada vez más, apoyándose en bases más objetivas, acendrándose y aquilatándose con la aportación de algunos datos distintos de la pura apreciación personal. Vaya por delante que nosotros concedemos gran autoridad a la opinión del maestro, y que hemos defendido con tesón repetidas veces que el hecho de que sea personal no quiere decir que sea infundada. Tenemos un criterio muy realista de las bases de la percepción, para aceptar, sin más, que todo concepto formado acerca de una persona, por lo mismo que es personal, haya de ser infundado. Pero, al mismo tiempo, hay que reconocer que el proceso de la conceptualización del prójimo está especialmente expuesto a influencias y predisposiciones, intereses, motivaciones y circunstancias más adversas que propicias a la objetividad; todo lo cual

perturba y altera el concepto y, en nuestro caso, el consejo profesional que se quiera derivar del mismo.

Si el problema se planteara solamente acerca de la orientación profesional de los muchachos de las grandes urbes, tendría la fácil solución de dirigirlos a los centros especialmente instituidos para estos fines. En Madrid (Santa Bárbara, 10) y en Barcelona (Urgel, 187), por ejemplo, funcionan Institutos de Psicotecnia, en donde puede consultar sus aptitudes profesionales cualquier escolar que lo desee. El Ayuntamiento de Valencia tiene establecido un servicio de orientación y selección escolar que trabaja activamente. Otras ciudades tienen sus oficinas de Orientación Profesional, dependientes del Instituto Nacional de Psicotecnia de Madrid.

Pero el muchacho de las escuelas rurales se encuentra desamparado en este aspecto si no le asiste el maestro. Está muy lejos todavía la gollería de que cada español goce del derecho, reconocido por la Ley, de tener la orientación vocacional y el encuadramiento profesional que haga fructífera y gozosa su existencia en el orden temporal. Mas todo paso andado en la dirección de ese ideal es aproximarle a la realidad y apartarlo de los reinos de la utopía. La empresa muestra con más evidencia su trascendencia social cuando realiza parcialmente el proyecto de que, por lo menos, los grandes valores no se malogren en el mar de la vulgaridad. Estos deben, pues, ser sus primeros andares. Y siendo la tarea tan amplia y común y de tanto relieve, ¿cómo eximir de ella al maestro?... Tanto más cuanto que ya la vienen realizando, y de lo que se trata es de perfilar y aumentar la eficacia y objetividad de sus consejos mediante la aplicación de criterios e instrumentos de probada relación con los fines pretendidos.

Esto nos proponemos, de manera elemental, en estas líneas, para lo cual, reducido el problema a términos muy concretos, se nos ocurre, por el momento, atender a tres puntos clave de la ayuda al alumno en el trance de elección profesional, a saber:

- I. La clasificación profesional, según la inteligencia.
- II. Los tests de inteligencia disponibles para la orientación profesional.
- III. El valor profesiológico de los tests de inteligencia.

I. LA CLASIFICACIÓN PROFESIONAL

No sorprenderá que se haya intentado hacer clasificaciones de las profesiones, si se piensa que el nú-